

biente, en el ambiente sucedían acontecimientos que estaban fuera de lo abstracto y de lo histórico cristalizado; descubrió también que la sangre existía (*¡Había corrido sangre!*) y que era un elemento que, no existiendo como entidad filosófica, existía en cambio como elemento humano psicológico y fisiológico, como factor decisivo en la historia de los países y sus gobiernos. Descubrió, finalmente, que existía la muerte y que esa muerte produce terror cuando se debe a un asesinato.

En efecto, a esa hora llegó la horrible noticia de la muerte del joven Zañartu. (Id.).

Todo esto se fué revelando ante su mirada y ante su espíritu, hasta colmarlo. Su única idea fué entonces terminar, retirarse, pero no podía hacerlo.

Me había metido, sin darme cuenta, en una terrible aventura, de la cual no podría salir sin que mi actitud fuese interpretada como una cobarde defección. Ningún hombre digno de llevar pantalones dejará de comprenderme. (Id.).

Pero los acontecimientos se precipitaron y Alberto Edwards pudo irse.

Por de pronto, nada tenía que hacer allí. Era la una y tenía gente a almorzar en casa. (Id.).

La terrible aventura había terminado. Iba tranquilo, aunque deshecho.—M A N U E L R O J A S .

## BRIAND, A GRANDES Y PEQUEÑOS RASGOS

**A**RISTIDES Briand ha muerto a los setenta años. Su carrera política y su camino por la vida son dignos de ser fijados en la novela, no sólo en la historia. Hijo del dueño de un pequeño hotel y de una señora tan modesta como su marido, obtuvo una beca en el Colegio de Saint-Nazaire, primero, y luego otro en el Liceo de Nantes, gracias a su talento. No a su aplicación, pues fué siempre flojo. Es decir, confiaba excesivamente en sus condiciones. Descuidaba el aprendizaje, pero aventajaba a todos los compañeros cuando se empeñaba. Y como era vanidoso, tomaba impulso a última hora y rara vez no fué el primero en cada uno de sus cursos. Julio Verne, que conoció a Briand cuando éste era niño, trazó del

futuro grande hombre un retrato que coincide con lo dicho. Agregaba: «es un poco descuidado en las maneras y en el vestir».

Recibido de abogado, Briand comenzó por ser Consejero Municipal de Saint-Nazaire y defendió causas lugareñas insignificantes, ganándolas siempre. Sindicalista, creía que las huelgas generales eran el solo medio de conducir el partido obrero al triunfo de *sus justas reclamaciones*. Cuando tenía treinta años vino a vivir a París. Se enroló en la bohemia y escribió en *La Lanterne*. Fogoso, continuó preconizando las huelgas y preparando aún una revolución social, que permitiera al proletariado *pasar del dominio de las palabras al de las realidades*. En 1900 comenzó el pueblo francés a admirarle como orador y en 1902 es de los diputados con expectativas ministeriales. Encargado de la separación del Estado y de la Iglesia, su silueta adquirió caracteres diabólicos, para los unos, y de salvador nacional para los otros.

Ministro varias veces, en 1909 alcanzó la jefatura del Gabinete y empezó a virar respecto de su programa primitivo. Amenazó aún con salirse de la Constitución si los movimientos populares continuaban, pues había que contener las ambiciones y las protestas populares. Como casi todos los políticos, no pudo obrar en la práctica de acuerdo con sus teorías. Se le ha acusado de cambio de frente, pero sin duda, cambió él mismo de concepto. Durante la guerra, desde 1915 a 1917, fué Ministro de Relaciones. Ministro brillante.

Hasta 1921 se eclipsó un tanto. Volvió entonces a la lid y obró en relación con su frase célebre respecto a la política internacional: *echar a los alemanes la mano al cuello*. . . La Alemania pareció inclinarse ante la energía de Briand y él cosechó nuevos laureles en las Conferencias de Cannes y Washington. . . Desapareció nuevamente por tres años. En 1924 insinuóse en él el campeón del pacifismo. Ministro de Relaciones en 1925, preparó el Pacto de Locarno, que, según Briand, debía ser el signo definitivo del acercamiento franco-alemán. En 1926 pronunció en la Sociedad de Naciones su arenga *Atrás los cañones*. . .! Y, desde entonces, sucédense todas sus actividades por paz universal. Sólo el 14 de Enero último renunció al Quay d'Orsay y partió tras un reposo indispensable a su modesta propiedad de campo. Partió herido por la derrota presidencial, perseguido por cierta prensa, acusado por muchos de favorecer la política extranjera en detrimento de la de su país. Y no volvió a hablarse de él sino después de su muerte.

¿Juzgar a Briand?... Difícil. En torno a su sepultura hay laureles y buitres. La Cámara ha dicho al país que Briand ha comprometido la gratitud nacional, por iguales títulos que Foch, Clemenceau, Joffre y Poincaré. Ciertos diarios se indignan e insultan la memoria del muerto. Alguien pide para él los honores del Panteón. Cierta prensa pone en ridículo el proyecto. Se le hacen funerales nacionales, y los enemigos gritan que nadie se ha conmovido con su muerte. (Falso. Todo París ha desfilado por la capilla ardiente en que reposó en la Sala del Reloj del Quay d'Orsay, sala que tantas veces cruzó y en la cual pronunció uno de sus últimos discursos: cuando la Sociedad de Naciones se reunió en París, en Noviembre de 1931. Verdad es que la sesión inaugural hubo de interrumpirse a causa del síncope que sufrió Briand luego de pronunciar la bienvenida a los delegados, y verdad que quien no le oyó hablar sino entonces no puede formarse idea de las condiciones oratorias de este hombre).

Difícil juzgarle visto tan de cerca. Y visto, sobre todo, a través de la variada lente política de Francia. Mientras unos lo endiosan, otros lo empuercan. El tiempo solamente podrá dar su fallo definitivo. Pero una cosa es incontestable: que fué un apóstol cuyas ilusiones,—llamémoslas así, pues aun no son realidad,—son más que las ilusiones de un solo pueblo. Lo que Briand preconizó, *la necesidad de que los hombres vivamos en paz*, es más vasto que el ideal francés: es un ideal universal o que será universal cuando el hombre se haya despojado totalmente de su barbarie y renuncie a ser el lobo del hombre. Entonces se mirará hacia atrás y se verá que Briand no fué sólo un gran ciudadano francés, sino uno de los más eminentes ciudadanos del mundo.

---

Cuando Briand tenía cincuenta años, Poincaré hizo de él este retrato: «Posee en grado sumo todos los dones del orador; la acción vasta y envolvente, la sátira elegante, la voz infinitamente dulce y acariciadora. Fuera de sus cualidades físicas, posee una facultad de improvisación maravillosa, una incomparable precisión de lenguaje, un desdén muy francés de lo inflado y de lo declamatorio, una simplicidad y una naturalidad que parecen excluir todo esfuerzo, un sentido extraordinario de la ocasión y de la oportunidad, un arte superior de adaptación, medios por el cual el alma del orador se modela, pudiera decirse, sobre el alma colectiva del auditorio. Se supera a sí mismo en lo que el propio Briand ha llamado, sin

ironía, los discursos «de táctica». Es un gran estratega del verbo...»

---

Louis Barthou describe a Briand en estos términos: «Sube a la tribuna con paso lento, sin ninguna nota escrita que consultar. Comienza sus discursos con voz sorda. Pulsea el auditorio como un pianista preludia o, más bien, como un nadador aprecia la temperatura del agua. En seguida afirma su tono, lo eleva y se sirve de todas las riquezas de una garganta incomparable que va de la burla a la ternura, de la ironía al lirismo, de la humildad a la indignación, de la dulzura a la amenaza, de la resignación a la protesta, de la conversación al misterio, de la familiaridad al ruido atronador, de la Comedia Francesa al Ambigú. Briand habla con los ojos y con las manos, como con su voz única. Sus ojos logran todos los matices, como su voz logra todos los tonos. Colora sus ojos según los sentimientos que lo animan. La expresión de sus pupilas pasa por la emoción, la sorpresa, la cólera, el estupor, el desprecio, la indulgencia, la bondad, la rabia, el perdón; va desde las llamas ardientes a los fuegos extintos. ¡Y sus manos! Finas como las de un aristócrata, untuosas como las de un obispo, se sirve de ellas como quiere. Las avanza, las retira, toma la una con la otra, pero sabe sacar partido de la que expresa, tan bien como de la que deja en reposo. Es un gran artista, Briand. ¿Improvisa sus discursos?... Acecha a su auditorio, lo escucha, lo adivina, y él percibe lo que lo halaga o lo que lo hiere; puede exaltarlo o irritarlo, desencadenar sus aplausos o sus protestas. Va a su fin, pero ve el obstáculo. Si es necesario, quiebra el obstáculo, pero prefiere andarse con rodeos. Su palabra tiene una flexibilidad infinita. La extiende o la reduce a su placer, es dueño de ella y ella le sirve para domar las fieras asambleístas, que acaban por experimentar la invencible seducción de este hombre del cual aun no he dicho si improvisa. Es de la escuela de Gambetta, o sea, improvisa dentro de sí mismo, pero también es de la escuela de Barnave, de quien Mirabeau decía: «Para improvisar sobre una cuestión, fuerza es conocerla a fondo».

---

«Si yo hubiera robado las torres de Notre-Dame, afirmaba Clemenceau, sería a Briand a quien encargaría de mi defensa».

---

«Llevar apuntes a la tribuna, pensaba Briand, es como ir a jugar premunido de una martingala. Se sale perdiendo siempre...»

---

Briand era perezoso. Al principio de su carrera política trabajaba en un diario socialista, pero la dificultad era que trabajara... Llegaba al diario a media noche. Jean Jaurés, que le conocía, lo encerraba con llave en su escritorio después de haber elegido entre ambos el tema del artículo. Quería obligarle así a demostrar su talento... Una hora más tarde, Jaurés daba libertad a su prisionero y reclamaba las cuartillas. Generalmente Briand no había hecho más que fumar, instalado en un sillón, extendidas las piernas hacia el sillón vecino.

---

El peluquero cuyo establecimiento está en el primer piso de la casa que habitara Briand durante los últimos diez años, está de actualidad. Fígaro se ha permitido evocar así sus recuerdos: «Le gustaba hablarme de todo, menos de política. Me preguntaba como iba mi jardín, si producían mis árboles frutales; me daba cuenta de sus experiencias agrícolas, allá en su propiedad de Cocherel, y miraba con inquietud las precoces heladas de este año... Me ha cabido el honor de afeitarlo día a día, varios años, y en este momento vengo de hacerle su última *toilette*. Aun en el lecho de muerte no ha cambiado. Sus rasgos sin alteración, inmóviles en su actitud habitual, son la demostración de una agonía dulce... No debía tener remordimientos.»

---

En 1879, un joven estudiante abordó en Montmartre a un joven poeta:

—Hágame el favor de presentarme al círculo literario del *Chat-Noir*.

Dicho y hecho. Esa misma noche, Georges d'Esparbés presentaba a Arístides Briand en el célebre cenáculo.

---

León Bailby, Director de *L'Intransigeant*, cuyos artículos diarios bajo la rúbrica «les heures nouvelles» inspiran la opinión media francesa,—la opinión de la tarde, pues *L'Intransigeant* es diario vespertino,—ha sido casi cruel con Briand. Al final de un comentario que titula *El Quería La Paz*, Bailby escribe: «Briand ha pagado, en los últimos tiempos, el cruel fracaso de sus sueños idealistas, habiendo fracasado su campaña presidencial. Consideración es esta que debe desarmar toda crítica a su pasado. Verdad que ha muerto solamente ayer, pero desde hace algunos años no era más que la sombra de sí mismo. Estaba muerto ya».

---

Clément Vautel, que inspira la opinión media francesa de la mañana, escribe en *Mon film* de *Le Journal*: «Briand había creado una especie de misticismo: para muchos ciudadanos, y también para muchas ciudadanas, era un verdadero Mesías. Desde hace algún tiempo, este irresistible seductor habíase conquistado hasta la Iglesia, después de haberla maltratado. Que el Papado se mantenga en la misma línea pacífico-evangélica y Arístides Briand será beatificado algún día. . . La leyenda dorada contiene historias más sorprendentes aun que ésta!»

El comentario de Vautel es a propósito de la protesta lanzada por la izquierda ante los funerales religiosos hechos a Briand. Los exaltados dicen que se ha abusado de que esté muerto, de que no puede protestar, y que por eso él no ha echado con cajas destempladas al Arzobispo de París, Monseñor Verdier, que ha venido con gran pompa hasta el domicilio mortuorio a dar una absolución de la cual el difunto,—dice la izquierda,—no tenía ninguna necesidad.

---

El *Fígaro*, que persiguió con ahinco a Briand durante su vida, no le ha soltado ni después de muerto. Los espíritus sutiles creen que Coty odiaba a Briand porque el último no amó nunca los perfumes. . . Sea cual sea la razón de tanta malquerencia, el hecho es que un editorial del *Fígaro* titulado «La Verdadera Oración Fúnebre» reza en uno de sus acápites: «Briand no fué un gran francés, ni un gran europeo, ni un gran político, ni un gran diplomático. No fué nada más que un buen hablador!» El día antes había dicho el *Fígaro*: ¡«Cuán tristemente habrá muerto este hombre, al ver condenados por la experiencia todos sus sueños, todas sus ideas, todas sus empresas! ¡Se engañó siempre! Diez y siete veces Ministro, trece veces Presidente del Consejo, nunca alzó nada, jamás construyó cosa que valga y su largo camino sólo aparece sembrado de ruinas! Da pena pensar qué última mirada echaría este pobre moribundo a toda su obra, vista a la inversa!» El mismo diario, en otras secciones, informa que el pueblo de París, contrariamente a lo que ha sucedido ante la muerte de sus grandes hombres, no ha manifestado impresión alguna por la muerte de Briand. (Mentira. Su casa de la Avenida Kléber ha sido invadida por una masa multicolor. El libro de firmas, depositado a la entrada, ostenta frases patéticas, no nacidas del convencionalismo político ni diplomático, sino garabateadas por ese mismo pueblo al cual se refiere el diario de Coty, pueblo que no quiere

la guerra y que veía en Briand el único extinguidor de incendios posibles).

---

*La Acción Francesa* ha agotado el repertorio de escarnios. Inútil transcribir sus frases necrológicas. Inútil, pues el sentido de muchas de ellas escapará al público sudamericano, que no podrá ver en la actitud de León Daudet y de Charles Maurras el doble fondo. ¿Qué fondo doble?... El de insultar una memoria, es cierto, pero sí también el de preparar el campo para las elecciones futuras. ¡Batir de modo indirecto todo cuanto no sea conservantismo!

---

Salón de unos Barones franceses. Se hablaba de la enfermedad de Briand. El joven, hijo de los dueños de casa, lector asiduo de *La Acción Francesa*, escupía otomías contra el moribundo. Alguien dijo refiriéndose a la gran dama,—perteneciente a la aristocracia de Francia,—que ha compartido de modo irregular la vida de Briand: «Pobre mujer! Muerto él, todo el mundo le volverá la espalda... Y qué cosa admirable: ¿cómo es posible que una mujer refinada haya podido enamorarse, consagrar su existencia a un hombre ordinario, a un hijo del pueblo? ¡Qué anomalía!» Y siguió el comentario demoledor, hasta que una señora ecuatoriana, menos infiltrada de aires aristocráticos, hija de nuestras democracias, alzó la voz tímidamente y preguntó: «¿Le han oído hablar Uds?»... Cada cual contestó de acuerdo con su experiencia, «no, sí, no, sí»... «Pues bien, continuó la ecuatoriana, cuando yo llegué a París fui invitada a la Cámara y ví, primero, a Briand. No me gustó. Pero luego le oí y... perdí la cabeza. Se lo juro a ustedes. Perdí la cabeza y comprendí a esa mujer y hasta la envidié. Da orgullo compartir la vida e impulsar a un hombre como ése!» Corrió una corriente fría por el salón y la Baronesa me dijo entre dientes: «No se ofenda usted, pero hay sudamericanos que inspiran piedad». A la salida de la recepción, acompañé a la dama ecuatoriana. «¿No encuentra usted, me preguntó, que la aristocracia francesa inspira piedad...?» Puntos de vista.

(El nombre de la amiga de Briand no sale aún al dominio del grueso público. Pero saldrá luego. Sucederá con ellos lo que con Madame de Caillavet y Anatole France. Hace algunos años, el hijo de esta dama tuvo un duelo con alguien que se permitió insinuar tales relaciones. Ahora, el nieto de Madame de

Caillavet retaría a duelo a quien negara semejante honor a su familia).

Bretón de la costa, Briand adoraba el mar, por atavismo. Poseía un pequeño yath cuyo nombre, *Simounelle*, deriva del nombre de un viento, del *simoun*. . . Le agradaba desafiar las olas y pasar las horas pescando. . . Dígase cuánto se diga acerca de la pesca, Briand merecía cultivar ese sport: reflexionaba, caña en mano y. . . luego, a desafiar las olas nuevamente. Igual que en su vida. Reposo de algunos días en Bretaña, meditando. Cara al mar en Ginebra y en París, hasta morir, prendido del timón.—EUGENIO LABARCA.

## AGONIA DE LA PINTURA

**N**O dejaré pasar más tiempo para exponer el fenómeno del que París, desde hace algunos años, ha sido y sigue siendo el teatro. Es conocido de todo el mundo, puesto que del mundo entero pintores, grabadores, escultores, dibujantes e ilustradores, se han dirigido a París para iniciarse en los arcanos del arte moderno en el barrio—antaño bien humilde—que se extiende entre la Estación Montparnasse, el Observatoire y el jardín del Luxembourg. Montparnasse, es cierto, constituye un nombre bien simbólico. Pero, aunque así sea, nadie se imaginó nunca, en los primeros años del siglo XX, que en realidad las musas adoptarían como alcoba, salón y comedor, los pequeños departamentos que allí se encuentran y los cafés que los rodean. El Dome, la Coupole y la Rotonde son hoy día más conocidos en los antípodas de París que el Louvre y Notre Dame. Y está bien que así sea: vale más deber su reputación a cosas vivas que a cosas momificadas. Tiene que ser halagador para un francés constatar que la región central de la orilla izquierda del Sena, ayer todavía desierta, ha devenido el lugar de cita de los artistas chinos y africanos, hindúes y sudamericanos, japoneses y yanquis, árabes y pieles rojas, rusos y españoles, italianos y polacos, australianos y escandinavos, canadienses y negros, yugoeslavos y lituanos, mejicanos y persas, egipcios y checoslovacos. El fenómeno, dada su envergadura, sobrepasa muy lejos las causas inmediatas que lo han provocado. No puede, en un porvenir próximo, que ya es un presente desde muchos puntos de vista, limitarse a los resultados de movimientos análogos que, sucesivamente, han hecho de Ate-